
LA TEORIA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA Y LA EXPERIENCIA HISTORICA

Joaquín Arango

La teoría de la transición demográfica es para los demógrafos lo que Durkheim, Weber y Marx para los sociólogos, Maquiavelo para los politólogos (*sit venia verba*), la Revolución Francesa para los historiadores o la base y la superestructura para los marxistas. Como ocurre con los otros venerables temas mencionados, sobre la transición demográfica se ha escrito y se sigue escribiendo, copiosamente. Parecería, pues, al menos a primera vista, que un trabajo más sobre ella, sobre todo si tiene tan escasas pretensiones de originalidad como el presente, requeriría justificación. En realidad, no estaría de más que todos los trabajos intelectuales que consumen tiempo y esfuerzo que pudiera ser destinado a otros usos fueran acompañados de la debida justificación; al menos los muchos que, directa o indirectamente y mejor o peor, están financiados por fondos públicos. Aunque sólo fuera para sugerir que no se hacen sólo por capricho y para ofrecer al lector potencial razones para seguir adelante.

En el caso de la transición demográfica las justificaciones no faltan. Por mencionar algunas, sin duda arbitrariamente, diré que es el *corpus* teórico más importante en demografía; que, pese a ello, está aún plagada de lagunas e insuficiencias, teóricas y empíricas, y muy necesitada de mayor precisión y

refinamiento; que constituye un campo de estudio abierto y dinámico en el que constantemente se están produciendo innovaciones —más empíricas que teóricas, pero de ambos tipos—, y, sobre todo, que es de capital importancia para explicar uno de los fenómenos más trascendentales del mundo contemporáneo, y de vital importancia para la predicción del desenlace de un asunto, el de la popularmente llamada «revolución demográfica», en el que —literalmente— nos va la vida. O bien se cumplen las predicciones de la teoría en la parte del mundo actualmente implicada en la transición —y que, incidentalmente, es la que proporciona el 90 por 100 del rápido incremento del número de los humanos que disfrutamos— o sólo queda esperar que, por alguna extraña razón, deje de cumplirse la ley de las progresiones geométricas. En otro caso, en fecha bastante próxima no habrá en el mundo espacio más que para estar de pie, con todas las incomodidades que ello comporta¹.

La segunda razón para volver a tratar de la teoría de la transición demográfica es casi corporativa. En efecto, la demografía no está sobrada de teorías, y es razonable cuidar a las pocas que hay como si de hijos únicos se tratase. Como en un ejercicio de autocrítica colectiva se lamentara hace más de veinticinco años Rupert Vance, en su alocución presidencial a sus colegas de la *Population Association of America*, la paucidad de desarrollo teórico es una plaga que afecta a todo el cuerpo de la demografía. El discurso de Vance llevaba el tan cuestionador como significativo título «Is Theory for Demographers?», algo así como «¿Se ha hecho la teoría para los demógrafos?»²

Soy de los que piensan que la pregunta de Vance debe ser respondida afirmativamente, aunque con considerables dosis de moderación y modestia. Se cuenta con algunos elementos teóricos del tipo de los que Merton denominaba «de rango intermedio», especialmente en torno a la transición demográfica y territorios aledaños, y otros elementos dispersos que no han sido aún integrados en un *corpus* teórico general³. Hay también una teoría de alto nivel de generalización, que está recuperando respetabilidad y partidarios, y que debería ser más y mejor leída. Me refiero a la teoría malthusiana

¹ Véase Ansley J. COALE, "The History of the Human Population", *Scientific American* (septiembre 1974), págs. 15-25, especialmente la 25. Dado el tamaño alcanzado por la población mundial en los últimos decenios y la actual tasa de crecimiento —por la cual se producen duplicaciones cada treinta y cinco años aproximadamente—, es fácil demostrar que, de mantenerse ese ritmo, se alcanzarían cifras insostenibles en breve plazo.

² Rupert B. VANCE, "Is Theory for Demographers?", *Social Forces*, 31 (octubre 1952), págs. 9-13.

³ Véanse Donald O. COWGILL, "Transition Theory as General Population Theory", *Social Forces*, 41 (1962-1963), págs. 270-274, y Robert GUTMAN, "In Defense of Population Theory", *American Sociological Review*, XXV, 3 (junio 1960), páginas 325-333.

na⁴. Pero, en todo caso, y pese al notabilísimo trabajo de multitud de demógrafos, la resistencia de este campo a la construcción de teorías es tal que el más demógrafo de los geógrafos, Wilbur Zelinsky, ha podido decir recientemente que en demografía no cabe discernir más que dos elementos axiomáticos: la teoría de la transición demográfica y las llamadas «leyes de las migraciones», promulgadas por primera vez por el inglés Ravenstein hace ahora casi un siglo⁵.

Esta anemia teórica no implica necesariamente debilidad disciplinar. La naturaleza de la materia debe ser tenida en cuenta, y el apego de los demógrafos a la observación, la medición y la verificación debidamente valorado. Autoridad tan respetable como Stuart Hampshire ha reconocido recientemente estas virtudes, al tiempo que arremetía contra el exceso de teorización frágil de algunos cultivadores de la sociología. Criticando el último libro de Ralf Dahrendorf —pero apuntando a blancos más generales—, Hampshire ha escrito: «No puedo imaginar ninguna disciplina, aparte de la sociología, que tolere normalmente tales elucubraciones generalizadoras y tan etéreas divagaciones. (...) Todo es suposición, pura exhibición de ideas más o menos brillantes y perspectivas más o menos renovadas. Después de caminar por terrenos pantanosos, uno echa de menos el firme suelo de, por ejemplo, la demografía o el derecho, disciplinas que incitan a la definición y a la verificación»⁶. Espero que no se achaque a ingratitud el traer a colación la opinión precedente a estas páginas: se trata tan sólo de contribuir a restablecer el equilibrio de una balanza tradicionalmente escorada. Menos indirecta y circunstancial es la defensa que de la demografía —y sobre todo la demografía histórica— asumió no hace mucho el antropólogo Marion Levy: «Sólo dos o tres de entre las ciencias sociales han mostrado importantes progresos como ciencias en los últimos decenios. Se trata de la lingüística, la economía y la demografía.» Y más directamente aún: «Pienso que la demografía va a ser vista como la principal contribución a la historiografía durante el próximo medio siglo, y a través de ese camino como una de las principales contribuciones a las ciencias sociales en general»⁷.

Desgraciadamente, el *corpus* teórico de la demografía —a diferencia de su instrumental analítico— no sólo es escaso y deficientemente integrado,

⁴ Véase COWGILL, *art. cit.*, págs. 270-271; y, del mismo, "The Theory of Population Growth Cycles", *The American Journal of Sociology*, LV (septiembre 1949), 163-170. Véase también una reciente reconsideración del pensamiento de Malthus por un ilustre historiador de la población, Jacques DUPÂQUIER, "Avez-vous lu Malthus?", *Population*, 35, 2 (marzo-abril 1980), 279-290.

⁵ Wilbur ZELINSKY, "The Hypothesis of the Mobility Transition", *Geographical Review*, vol. 61, 2 (abril 1971), 219-249, pág. 219; E. G. RAVENSTEIN, "The laws of migration", *Journal of the Royal Statistical Society*, 48, parte 2 (junio 1885), 167-227; y 52 (junio 1889), 241-301.

⁶ Stuart HAMPSHIRE, "Driving Force", *The London Review of Books*, vol. 2, 11 (5-18 de junio 1980), pág. 7.

⁷ Marion J. LEVY, Jr., "New Uses of Demography", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 16, 1 (enero 1974), págs. 110 y 111.

sino también epistemológicamente dudoso. En efecto, ni las teorías de filiación malthusiana —pese a los intentos de rehabilitación que se vienen produciendo en tiempos recientes—, ni la teoría de la transición demográfica, ni las llamadas «leyes» de las migraciones están por encima de toda sospecha, epistemológicamente hablando, por alto que sea su valor heurístico. Dejemos para otra ocasión las «leyes» de las migraciones, que si por algo se caracterizan es por su alegalidad, pese a que tiendan a producirse con las características y regularidades que tan sagazmente describiera Ravenstein. Por lo que hace a la teoría de la transición demográfica, que es lo que nos interesa aquí, no está muy claro que sea una teoría, al menos tal como suele entenderse este término en las ciencias naturales y en las más aventajadas de las que les siguen. Tras cuidadoso examen, la División de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas estimó que «tal como está, la teoría es una interpretación de momentos decisivos de cambio en la evolución demográfica, más que un sistema de relaciones lógicamente coherentes y explícitas que proporcionen una base para deducciones pertinentes y predicciones de desarrollos futuros», concluyendo con el eufemismo de que «como teoría es insatisfactoria»⁸.

Ciertamente, la imprecisión y ausencia de formulaciones cuantitativas de la teoría son altamente criticables, como cuestionable es su valor explicativo y predictivo. No es de extrañar que los economistas, y aquellos otros científicos sociales que han disfrutado de una similar formación formalizada, valga la redundancia, la acojan con escepticismo, si no con impaciencia. Así, un economista aficionado a asuntos demográficos como Harvey Leibenstein ha podido decir que «mientras la teoría es importante para los demógrafos, no es el tipo de teoría que casa con la disposición mental de los economistas teóricos. Fue construida, y aún lo está, en un molde intelectual muy diferente al de la teoría microeconómica. En su mayor parte parece una grandiosa generalización histórica»⁹. Un espíritu más polemista que el mío podría responder que lo que la teoría de la transición demográfica pierde en honorabilidad y status epistemológico lo gana en realismo y relevancia, terrenos en los que sale bastante bien parada en comparaciones interdisciplinarias; en otras palabras, que probablemente sirve para comprender el mundo un poco más que muchos sofisticados modelos de alto *standing* teórico. Pero, una vez dicho esto, estoy de acuerdo básicamente con Leibenstein.

En todo caso, no es mi intención entrar aquí en la discusión de si la teoría de la transición demográfica es o no una teoría y cuáles son sus méritos o deméritos en cuanto tal. No son sus explicaciones —en todo caso

⁸ United Nations, *The Determinants and Consequences of Population Trends*, New York (1973), I, pág. 60.

⁹ Harvey LEIBENSTEIN, "An Interpretation of the Economic Theory of Fertility: Promising Path or Blind Alley?", *Journal of Economic Literature*, 12, 2 (1974), 457-479.

insuficientemente especificadas y mal integradas— ni su capacidad predictiva lo que me interesa ahora. Baste decir que si es una teoría es una muy *sui generis*, de condición dudosa, basada en una generalización empírica. Más bien, lo que se denomina con ese nombre es una descripción sintética de aparentes regularidades observadas en el pasado, que sugiere algunas relaciones entre la evolución de la población y el crecimiento económico. Por estar construida sobre la base de estadios o fases, la tal teoría es también una tipología que permite clasificar a los países según el estadio en que se encuentren. Pero tampoco es ése el objeto de estas líneas. Lo que interesa aquí es examinar si esa generalización histórica sobre la que la supuesta teoría reposa —o en la que en realidad consiste— es correcta; es decir, si la versión de la evolución demográfica pasada que la teoría da por buena corresponde a los conocimientos que de ese pasado tenemos. Lo que, en principio, es al menos materia de duda, puesto que esa generalización procede del nivel de conocimientos existente en los años treinta o, todo lo más, en 1945, cuando se produjeron las formulaciones más conocidas de la teoría de la transición demográfica¹⁰. Curiosamente, es por estos mismos años cuando suele fecharse el nacimiento de la Demografía Histórica, disciplina que sin duda tiene algo que decir respecto a la base empírica sobre la que se asienta la teoría de la transición demográfica.

Muchos han sido los estudios empíricos publicados en el último cuarto de siglo que han ampliado la base de sustentación de nuestra gran generalización, aportando diversidad y experiencias discordantes con lo que presumían, sobre apoyatura empírica insuficiente, las versiones tradicionales de la teoría. La mayor parte de esas investigaciones son tributarias del naciente campo de la Demografía Histórica, en especial del potencial heurístico y sistematizador, respectivamente, de dos fundamentales innovaciones metodológicas: de una parte, y en primer lugar, del llamado método de «reconstrucción de familias», desarrollado por la infrecuente colaboración de un demógrafo teórico de gran capacidad de cuantificación, Louis Henry, y un erudito archivero de gran olfato para la crítica de la documentación histórica, Michel Fleury; de otra, de los sistemas de medición y cuantificación de fecundidad general, fecundidad dentro del matrimonio, ilegitimidad y nupcialidad, y del enorme esfuerzo de investigación cooperativa en la experiencia de un considerable número de países, desarrollados por la Office of Population Research de la Universidad de Princeton, bajo el impulso y la dirección de Ansley Coale¹¹.

¹⁰ Por ejemplo, las de W. S. THOMPSON, "Population", *American Journal of Sociology*, 34 (mayo 1929), 959-975; A. LANDRY, *La révolution démographique*, París (1934); Kingsley DAVIS, "The World Demographic Transition", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 273 (1945), 1-11; F. NOTENSTEIN, "Population: The Long View", en T. W. SCHULTZ, ed., *Food for the World*, Chicago (1945).

¹¹ El fruto más conocido e influyente de la colaboración entre Henry y Fleury

Quizá no esté de más decir que los índices usados en las investigaciones de Princeton —índices de fecundidad general y matrimonial, legítima e ilegítima— expresan la relación que existe entre la fecundidad de una población dada y la que esa misma población hubiera alcanzado de tener en cada grupo de edad las tasas reproductivas de las mujeres casadas de la secta de los Hutteritas, las máximas jamás registradas en un grupo humano. Este procedimiento ofrece la ventaja de incluir en los índices un cierto grado implícito de estandarización por edades de la fecundidad y una expresión, también implícita, de la distancia a la que las pautas del grupo observado se encuentran de un máximo real observado en un grupo humano. Los Hutteritas son una secta religiosa de unos 15.000 miembros, establecida en un conjunto de colonias cerradas en los Estados Unidos, y que se reproducen a un ritmo rapidísimo, superior al 4 por 100 anual. Se trata de un grupo muy cerrado, con fuerte cohesión social y con un sistema de valores muy rígido, que sigue al pie de la letra el mandato bíblico de «creced y multiplicaos»¹². Los índices de Princeton también incluyen uno de nupcialidad, que expresa la proporción de mujeres en edades reproductivas —entre quince y cincuenta años— que están casadas.

El método de reconstrucción de familias permite indagar en facetas de la fecundidad y la nupcialidad del pasado que antes estaban vedadas al investigador, especialmente en poblaciones preindustriales; las investigaciones impulsadas desde Princeton sobre setecientas provincias o unidades administrativas de ámbito similar en toda Europa —facilitadas por los realistas índices utilizados— ofrecen un fresco comparativo de magnitud única para el estudio de las poblaciones de la época de la transición.

El considerable volumen de indagación en poblaciones locales o regionales —o en sectores específicos, sociales o étnicos, de poblaciones más amplias— llevado a cabo en el ámbito de la historia de la población, obliga a pesar que muchas de las supuestas regularidades históricas sobre las que reposaba la teoría de la transición demográfica no lo son tanto. Los nuevos cuadros que emergen de la investigación revelan una variedad de experiencias difícilmente compatible con el estado actual de la teoría, aunque la noción misma de transición aún se sostenga. A veces, aportaciones discordantes de este tipo son presentadas como críticas que invalidan la teoría —la refutan— por contradecir alguno de sus postulados. En realidad, es difícil decir con seguridad qué descubrimientos empíricos contradicen la teoría

es el *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París (1965). El proyecto de Princeton aludido es el "European Fertility Project", en cuyo marco se desarrollaron y vieron la luz, entre otros, los trabajos de Massimo LIVI BACCI sobre Italia, España y Portugal; John E. KNODEL sobre Alemania; E. VAN DE WALLE sobre Francia; Paul DEMÉNY sobre Austria-Hungría; y, desde luego, los de conjunto del director, Ansley COALE.

¹² Sobre los Hutteritas puede verse Joseph W. EATON y Albert J. MAYER, "The Social Biology of Very High Fertility Among the Hutterites: The Demography of a Unique Population", *Human Biology*, vol. 25, 3 (septiembre 1953), 256-262.

y cuáles no, por la sencilla razón de que no sabemos bien qué dice la teoría, aparte de su muy elemental esqueleto. Son tantas las versiones existentes que los nuevos hallazgos empíricos frecuentemente resultan incompatibles con algunas versiones y no con otras. Todo depende en buena parte de la versión de la teoría que adoptemos: si es una que alcanza un mínimo nivel de especificación y precisión, único modo de servir para algo, resultará fácilmente incompatible con la enorme variedad que un escrutinio del pasado no excesivamente predispuesto a la simplificación revela; si la versión escogida no supera el nivel de unas pocas proposiciones obvias y vagas, es posible que sea capaz de soportar con menos quebranto la prueba de la revisión —aun, por supuesto, al alto precio de la irrelevancia—. Desde otra perspectiva, sin embargo, cabe ver la teoría como una *cosa nullius*, como un campo abierto que hay que cultivar entre todos y que, por los muchos exploradores que la reclamaron para sí, carece de propietario conocido; y que es susceptible de creciente flexibilidad y precisión a medida que se ensancha y enriquece la angosta base empírica sobre la que nació. En todo caso, la imagen del pasado demográfico que hoy se ofrece ante nosotros —y que sin duda no es más que la punta visible del *iceberg*— es mucho más rica y compleja de lo que los generalizadores del pasado reciente pensaron.

Las fuentes más importantes de oscurecimiento de la aparente claridad y unicidad de la experiencia histórica afectan a casi todos los órganos vitales de la teoría de la transición demográfica: entre otros, el nivel de la natalidad en las sociedades preindustriales o pretransicionales; la correspondencia entre grado de desarrollo económico y nivel de evolución de las principales variables demográficas en la escala de la transición o, lo que es lo mismo, la intensidad de la asociación entre desarrollo económico y cronología del descenso de las tasas vitales; el supuesto monopolio causal de los factores económicos en la alteración de los niveles tradicionales de natalidad y mortalidad; la cronología del inicio de la transición y la combinación de factores responsable de los primeros estadios del crecimiento moderno de la población; la duración —e incluso, en algunos casos, la misma existencia— del característico desfase entre descenso de la mortalidad y descenso de la natalidad que predica la teoría; etc. En todas estas cuestiones cruciales aparecen en la experiencia histórica notables irregularidades respecto de lo que deberíamos esperar si la generalización sobre la que reposa la teoría describiera adecuadamente la realidad. Y dado que la investigación sistemática en demografía histórica no ha hecho más que empezar, es lícito suponer que la necesidad de revisar las supuestas regularidades que la teoría da por buenas irá en aumento. Puede ocurrir que la teoría de la transición demográfica no sólo se muestre incapaz de prever el futuro —lo que es siempre muy difícil—, sino que ni siquiera sirva para predecir el pasado, lo que sería más grave.

Natalidad y nupcialidad en las poblaciones europeas de la era preindustrial

Lo que sabemos hoy de las poblaciones preindustriales diverge considerablemente de la versión popularizada por la teoría de la transición demográfica. La diferencia más importante se refiere al nivel de la natalidad, que, al menos en el ámbito de la Europa Occidental durante la llamada Edad Moderna, era mucho más bajo y variable de lo que se creía. No sólo estaba muy lejos del famoso «máximo biológico» —una construcción mental de dudosa relevancia demográfica—, sino también del máximo realmente observado en algún grupo humano: los citados Hutteritas.

Las diferencias existentes en los niveles de natalidad de unas regiones o países a otros eran a veces muy considerables, de hasta el 50 por 100, es decir, tanta como la que suele separar las tasas de natalidad de un mismo país antes y después de la transición¹³.

Buena parte de la explicación de este bajo nivel de natalidad estriba en una variable a la que la teoría de la transición demográfica no prestaba atención: la nupcialidad. Desde los trabajos de John Hajnal sabemos que en el Occidente europeo se practicaban durante la Edad Moderna —y gran parte de la Contemporánea— unas pautas de nupcialidad peculiares, a las que en el gremio se conoce como «European marriage pattern», de acuerdo con la terminología utilizada por su descubridor. El «modelo europeo de matrimonio» consistía en un matrimonio tardío —en torno a veinticinco años o más para las mujeres, que son las que demográficamente importan— y limitado a una parte de la población. El porcentaje de célibes entre los adultos superaba casi siempre el 10 por 100 y llegaba a alcanzar el 30 o más, aunque estaba parcialmente compensado por una alta frecuencia de segundas y posteriores nupcias —lo que el teólogo-demógrafo Johann Peter Süssmilch calificó en el siglo XVIII de «poligamia sucesiva»—¹⁴. La postergación de la edad a la que se contraía matrimonio era tan general y considerable que obliga a pensar que las heroínas de los dramas de la época que se casaban casi en la pubertad —las Julietas y Desdémonas— o se quitaban años o no eran en absoluto representativas¹⁵.

En la expresión de Hajnal, «europeo» significa en realidad «europeo occidental». Las pautas nupciales de la Europa Oriental —matrimonio tem-

¹³ Ansley J. COALE, "The Decline of Fertility in Europe from the French Revolution to World War II", en S. J. BEHRMAN, M. D., Leslie CORSA, Jr. M. D. y Ronald FREEMAN, eds., *Fertility and Family Planning. A World View*, Ann Arbor, Michigan (1969), pág. 9.

¹⁴ John HAJNAL, "European Marriage Patterns in Perspective", en D. V. GLASS y D. E. C. EVERSLEY, eds., *Population in History*, Londres (1965). Quien tenga curiosidad por SÜSSMILCH puede consultar la reciente reedición, traducida al francés, de su *Orden Divino: Johann Peter Süssmilch (1707-1767) aux origines de la démographie: L'«Ordre divin»*, traducción, estudios y comentarios de Jacqueline Hecht, París (1979), 2 vols.

¹⁵ Vid. Peter LASLETT, *The world we have lost*, Londres (1965), págs. 81 y sigs.

prano y casi universal— eran similares a las prevalentes en el resto del globo. Hajnal estableció la división entre las dos Europas trazando una línea imaginaria que iba de Leningrado a Trieste. Esta línea ha sido confirmada plenamente por las investigaciones de Princeton, que, incidentalmente, han contribuido también a despejar el cierto escepticismo con que más de uno acogió las famosas tesis de Hajnal. La nupcialidad de la Europa Occidental era en promedio la mitad de la máxima observada en algún grupo humano (la de Corea en 1931)¹⁶.

Estas prácticas nupciales, patrimonio exclusivo de Europa Occidental, han sido frecuentemente alabadas como manifestación de un comportamiento racional en materia reproductiva, orientado a reducir la presión de la población sobre los recursos disponibles. En efecto, el «modelo europeo de matrimonio» constituye la muestra más acabada de los «preventive checks» o frenos preventivos que Malthus recomendaba encarecidamente a fines del siglo XVIII.

Aunque no se sabe con certeza cuándo y dónde se adoptó por primera vez el modelo europeo de matrimonio, y las motivaciones a las que respondía distan de estar satisfactoriamente elucidadas —desde luego, no es preciso pensar que fueran adoptadas conscientemente para producir una reducción del número de nacimientos—, parece indudable que debió tener importantes repercusiones demográficas y económicas, en particular sobre el tamaño de la familia y la tasa de ahorro de ésta. Hay quien piensa que una de las raíces de la moderna superioridad económica de la Europa Occidental sobre el resto del mundo se encuentra en este cauto comportamiento matrimonial, aunque el razonamiento bordea la circularidad¹⁷. Por lo que respecta a las consecuencias demográficas, puede calcularse que la disminución de la natalidad resultante de estas restricciones en el acceso al matrimonio puede llegar a ser de una tercera parte e incluso de la mitad. No carece de sentido, pues —como sugiere Coale—, contemplar esta revolución en las pautas de nupcialidad como una primera transición demográfica, de consecuencias casi tan importantes como la que habitualmente recibe ese nombre¹⁸. Parece indudable que un acontecimiento susceptible de producir las extraordinarias con-

¹⁶ A. J. COALE, "The Demographic Transition Reconsidered", IUSSP, *International Population Conference*, Lieja (1973), vol. I, pág. 57.

¹⁷ Un buen ejemplo es Joseph J. SPENGLER, "Demographic Factors and Early Modern Economic Development", *Daedalus* (primavera 1968), 433-446. Hay traducción castellana en D. V. GLASS y Roger REVELLE, eds., *Población y cambio social*, Madrid (1978), 96-107. Otro ejemplo notable es J. T. KRAUSE, "Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution", *Journal of Economic History*, 19 (1959), 531-534.

¹⁸ Véase COALE, *op. cit.*, en nota 16, pág. 57. Igualmente es lícito pensar en una transición demográfica anterior a ésta, la coincidente con la famosa Revolución Neolítica, que pudo consistir en una elevación de las tasas de natalidad y mortalidad, aunque con el resultado neto de una elevación del "techo demográfico". Vid., por ejemplo, el artículo de COALE citado en nota 1, y W. H. McNEILL, *Plagues and Peoples*, New York (1976), cap. II.

secuencias —demográficas y, por ende, económicas— que se atribuyen al «modelo europeo de matrimonio», y del que todavía se sabe tan poco, debería ser objeto de más extensa atención de la que ha recibido hasta la fecha.

Las restricciones al matrimonio —que en algunas zonas llegaron a ser coactivamente impuestas por las autoridades—¹⁹ constituyeron la forma habitual y más eficaz de limitar de hecho el número de nacimientos, pero no bastan para explicar la baja natalidad de la Europa Occidental durante la Edad Moderna²⁰. Paralelamente, las grandes diferencias regionales de natalidad que se encuentran en el pasado europeo no respondían únicamente a diferentes pautas de nupcialidad. Las diferencias en la fecundidad de las mujeres casadas eran también considerables. Una y otra cosa obligan a pensar que el control voluntario de los nacimientos no era la *rara avis* que hasta ahora se había pensado.

Las diferencias de fecundidad que se observan de unas zonas a otras no tienen que ser debidas exclusivamente a control voluntario. Ciertamente, existían también considerables diferencias en lo que Louis Henry definió acertadamente como «fecundidad natural», por causas que nos son mal conocidas y que tienen que ver con el estado de salud de las diversas comunidades, nutrición, esterilidad, hábitos de lactancia, tabúes sexuales y otras²¹. Pero, a la inversa, las diferencias de fecundidad observadas son en ocasiones de tal magnitud que es casi imposible puedan ser explicadas por factores relativos a la «fecundidad natural». Hay que pensar en control voluntario, aunque esto constituya una deducción lógica y no una prueba concluyente.

Algunos estudios realizados a través del método de reconstrucción de

¹⁹ Restricciones directas de este tipo fueron frecuentes en zonas de Alemania y Suiza en el siglo XIX, y no desconocidas en otras latitudes. Por supuesto, restricciones indirectas de vario tipo abundaron en toda Europa Occidental durante la era moderna. Véase, por ejemplo, D. V. GLASS, "Malthus and the limitation of population growth", en D. V. GLASS, ed., *Introduction to Malthus*, Londres, (1953), págs. 39 y sigs.

²⁰ Por supuesto, dejó de lado el infanticidio, que cada vez aparece más claramente como uno de los principales mecanismos de control del tamaño de las poblaciones del pasado. Como se ha recordado muchas veces, y además resulta obvio, el infanticidio no es un medio de reducir la natalidad, sino de aumentar la mortalidad infantil, lo que constituye un método más brutal de conseguir el mismo fin (algo que no deberían olvidar los enemigos del control de nacimientos). La mejor síntesis del estado de nuestros conocimientos en tan elusiva materia es William LANGER, "Infanticide: A Historical Survey", *History of Childhood Quarterly*, 1 (1974), 353-365

²¹ Sobre el concepto de "fecundidad natural", véase Louis HENRY, "Some data on natural fertility", *Eugenics Quarterly*, 8 (1961), 81-91; o, del mismo, "La fécondité naturelle: observation, théorie, résultats", *Population*, 16, 4 (1961), 625-636. Un importante conjunto de estudios sobre la cuestión ha sido recientemente compilado por Henri LÉRDON y Jane MENKEN, eds., *Fécondité naturelle*, Lieja (1980), recogiendo los trabajos presentados al seminario celebrado en París en marzo de 1977.

familias han confirmado sin lugar a dudas esta sospecha. Hace ya bastantes años, un famoso estudio de Louis Henry sobre las familias del patriciado de la ciudad de Ginebra puso de manifiesto la existencia de control deliberado del tamaño de la familia desde el siglo XVII. Previamente, en muchas de estas familias se habían visto reducidos los intervalos intergenésicos, presumiblemente por el recurso a amas de cría y el abandono de la práctica de la lactancia materna²². Otros estudios demostraron que esta conducta no era desconocida entre las aristocracias de Francia y Gran Bretaña durante el Antiguo Régimen²³.

Desde hace mucho tiempo se sabía que el descenso de la fecundidad se había iniciado en los grupos que ocupaban posiciones privilegiadas en la pirámide social —además de, o aparte de, algunos grupos étnicos o religiosos específicos, como hebreos y cuáqueros—. De manera que el descubrimiento, por Henry y los que le siguieron, de que tales prácticas procedieron a la transición, aunque difícilmente compatible con los postulados clásicos de la teoría de la transición demográfica, podía ser relegado a la categoría de excepción no demasiado sorprendente. Otros estudios, sin embargo, han mostrado que el control directo de la fecundidad no era privativo de las clases altas. El tan conocido como ejemplar estudio de E. A. Wrigley sobre la parroquia de Colyton (Devonshire) revela que la edad al matrimonio estuvo sujeta a fuertes fluctuaciones a lo largo del período estudiado (1550-1830), pero también detecta variaciones notables en el nivel de la fecundidad matrimonial que tuvieron que ser causadas por prácticas voluntarias de control, especialmente a partir de la mortífera epidemia de 1645-1646²⁴. No hace falta decir que, si no atrasada, Colyton era en todo caso una parroquia rural y agrícola. R. Andorka ha demostrado que en la pequeña región húngara del Ormánság se controlaban voluntariamente los nacimientos dentro del matrimonio —hay que suponer que también fuera de

²² Louis HENRY, *Anciennes familles genevoises*, París (1956). No hace falta aclarar que el uso de amas de cría no fue la única, ni quizá fundamental, motivación de la adopción de prácticas anticonceptivas por parte de la élite ginebrina, que, como alguien ha dicho, estaba viendo desbordado su "nicho ecológico" —y sus posibilidades de movilidad social ascendente de sus miembros individuales— por el excesivo crecimiento demográfico.

²³ L. HENRY y C. LÉVY, "Ducs et pairs sous l'ancien régime", *Population*, 15, 5 (1960), 807-830; T. H. HOLLINGSWORTH, "The demography of the British peerage", *Population Studies*, 18 (2), suplemento (1964-65), 108 págs. No siempre las familias de condición social y económica elevada marcaron la pauta al resto de la población. Por ejemplo, un reciente estudio de Louise KANTROW muestra que la aristocracia mercantil de la ciudad de Filadelfia no empezó a reducir el tamaño de la familia hasta mediados del siglo XIX al menos, cuando otros sectores de la población norteamericana venían haciéndolo desde varias décadas antes: Louise KANTROW, "Philadelphia Gentry: Fertility and Family Limitation Among an American Aristocracy", *Population Studies*, 43, 1 (marzo 1980), 21-30.

²⁴ E. A. WRIGLEY, "Family limitation in pre-industrial England", *Economic History Review*, second series, XIX (1966), 82-109.

él— a fines del siglo XVIII. Varios estudios de la demografía de pueblos franceses durante el Antiguo Régimen sugieren otro tanto²⁵.

Lo que antecede no implica que el control de los nacimientos se practicara de forma regular y continua. Es posible que, como el caso de Colyton sugiere, se recurriese a él en épocas de especiales dificultades. Por ejemplo, Michel Drake descubrió que en Noruega el control directo de los nacimientos —al margen de las fortísimas restricciones a la nupcialidad, que eran moneda corriente— se practicaba sólo en años de crisis agrícolas²⁶. En todo caso, lo que los estudios mencionados, y otros muchos que se podrían mencionar, demuestran es que algunas poblaciones preindustriales practicaban el control directo de la natalidad, pero no demuestran que éste fuera un uso general, como algunos tienden a inducir indebidamente. Por cada caso de evidencia de control podrían exhibirse varios otros en los que tales prácticas parecen estar ausentes —al menos como tales, infanticidio aparte—. De lo que no cabe duda, en todo caso —con considerable quebranto para la teoría de la transición demográfica—, es que la creencia de que, antes de la transición, la fecundidad era alta e incontrolada es incompatible con la variedad y complejidad de la experiencia demográfica de la Europa preindustrial.

Las inciertas causas de los inicios de la transición

Una importante implicación de la variabilidad de la tasa de natalidad —y, *a fortiori*, del hecho de que se encontrara alejada de cualquier tipo de máximo biológico— es la posibilidad de que pudiera elevarse, y no sólo descender, en el curso de la transición demográfica. La información de que hoy disponemos permite suponer que tal eventualidad pudo de hecho ocurrir, una vez iniciado el secular declive, en países tales como Suecia, Holanda y Gran Bretaña. *Item* más, el descubrimiento de fuertes diferencias en los niveles preindustriales de natalidad otorga acrecentada credibilidad a la posibilidad de que el crecimiento de la población durante la fase de transición no se debiera sólo al descenso de la tasa de mortalidad, como la teoría supone, sino también —o, incluso, únicamente— a la elevación de la tasa de natalidad.

²⁵ Rudolf ANDORKA, "La prévention des naissances en Hongrie dans la région 'Ormánság', depuis la fin du XVIII^e siècle", *Population*, 25, 1 (1971), 63-78; y "Un exemple de faible fécondité dans une région de la Hongrie, l'Ormánság à la fin du XVIII^e siècle et au début du XIX^e: contrôle des naissances ou faux-semblants?", *Annales de Démographie Historique* (1972), 25-53.

²⁶ Michael DRAKE, "El control de la fecundidad en la Noruega preindustrial", en D. V. GLASS y Roger REVELLE, *Población y cambio social*, Madrid (1978), páginas 188-202. También KRAUSE, en el artículo citado en nota 17, piensa que el control de los nacimientos era especialmente frecuente en tiempos de penuria y entre los grupos sociales más desfavorecidos (pág. 108, n. 1 y 2, y pág. 113 y *passim*).

Una hipótesis de este tipo, referida, principal pero no exclusivamente, a Inglaterra y Gales durante el siglo XVIII, constituyó de hecho, hace ya algunos años, la primera impugnación de entidad al relato de la evolución histórica de la población sobre el que se asentaba la teoría de la transición demográfica. La aserción de que el descenso de los niveles preindustriales de mortalidad no fue realidad hasta comienzos del siglo XIX —por lo que el aumento de la población registrado en el siglo anterior tuvo que ser consecuencia del aumento de los nacimientos, vía reducción de la edad al matrimonio— abrió una larga polémica que despertó gran interés, tanto por sí misma como por sus múltiples implicaciones. Inútil es decir que una de éstas, y no la más intrascendente, era la puesta en cuestión de la secuencia histórica asumida por la teoría de la transición demográfica.

H. J. Habakkuk, una de las máximas autoridades en la historia económica de Gran Bretaña, fue posiblemente quien primero cuestionó la opinión dominante acerca del curso de las tasas vitales en la Inglaterra del setecientos, alegando que el impulso demográfico iniciado en las décadas centrales del siglo se debió a un descenso de la edad a la que se contraía matrimonio y una reducción del porcentaje de solteros, resultantes de la prosperidad agrícola y el aumento de los salarios, derivados a su vez tanto del progreso de la agricultura como de la entrada en actividad de generaciones poco numerosas por causa de la alta mortalidad imperante en los decenios iniciales del XVIII. La incipiente industrialización reforzó en un primer momento estas tendencias. En palabras de Habakkuk, «los estadios iniciales de la industrialización estimularon el crecimiento de la población a través del aumento de la demanda de trabajo, y también al socavar las bases de las tradicionales continencias precautorias»; esto es, a través del aumento de la natalidad. En este sentido, por supuesto, «los estadios iniciales [de la Revolución Industrial] tuvieron efectos muy diferentes a los de los estadios tardíos sobre el crecimiento de la población»²⁷.

La defensa más vigorosa de la hipótesis de que el crecimiento demográfico del siglo XVIII y principios del XIX se debió al aumento de los nacimientos y no a la disminución de las defunciones va, sin embargo, ligada al nombre de J. T. Krause. En una serie de artículos publicados desde finales de los cincuenta, Krause sometió a dura crítica las bases numéricas y las estimaciones en que se basaba la interpretación que él consideraba tradicional, sosteniendo que el crecimiento de la población inglesa se debió a factores que operaron sobre nupcialidad y natalidad, mientras las defunciones no cayeron hasta por lo menos después del fin de las guerras napoleónicas²⁸.

²⁷ La cita procede de H. J. HABAKKUK, *Population Growth and Economic Development*, Leicester (1972), pág. 58. Su trabajo más influyente en este terreno fue "English population in the eighteenth century", en GLASS y EVERSLEY, *op. cit.*, 269-284.

²⁸ Además del artículo citado en notas 17 y 26, de J. T. KRAUSE puede verse "Changes in English fertility and mortality, 1781-1850", *Economic History Review*,

Habakkuk y Krause no son los únicos en sostener que el primer crecimiento moderno de la población se debió al aumento de los nacimientos. William Petersen propuso una hipótesis semejante para el caso de los Países Bajos durante la primera mitad del siglo XIX²⁹. Más famosa e influyente fue la aportación de Connell —aunque después fuera sometida a fuertes críticas— que explicaba el fuerte crecimiento de la población irlandesa —tan fuerte como el de Inglaterra y Gales— durante la segunda mitad del XVIII y primera del XIX por la generalización de matrimonios más tempranos hechos posible por la introducción masiva de la patata y la consiguiente reducción del tamaño de las parcelas³⁰. Por cierto que, en su discusión con el agronomista Arthur Young acerca de la conveniencia o no de generalizar el cultivo de la patata en Inglaterra, Robert Malthus —a quien se suele acusar de mal pronosticador— invocaba el peligro de elevación de la natalidad y depresión del nivel de vida que tal medida podía suponer, poniendo como ejemplo a no imitar el de Irlanda y advirtiendo, con medio siglo de antelación, de las dramáticas consecuencias que podía acarrear³¹.

Otros historiadores sostienen que el índice de nacimientos aumentó en Inglaterra, por motivos fundamentalmente económicos, en los primeros cuarenta años del siglo XVIII, antes de la Revolución Industrial, aunque las estimaciones cuantitativas utilizadas están sujetas a debate. Si este aumento de los nacimientos no se tradujo en crecimiento demográfico fue por la altísima mortalidad de esos años, atribuida al impacto de la viruela y a los excesos en el consumo de ginebra³². Por supuesto, esta formulación difiere de la de Krause, por cuanto atribuye el crecimiento de la población durante los primeros decenios de la Revolución Industrial al descenso de una mortalidad excesiva, pero afirma la posibilidad de que la natalidad pudiera aumentar durante el siglo XVIII.

11, 1 (1958), 52-70; y "The changing adequacy of English registration 1690-1837", en GLASS y EVERSLEY, *op. cit.*, 379-393.

²⁹ William PETERSEN, "The Demographic Transition in the Netherlands", *American Sociological Review*, 25, 3 (1960), 334-347.

³⁰ K. H. CONNELL, "Land and population in Ireland 1780-1845", en GLASS y EVERSLEY, *op. cit.*, 423-433.

³¹ Vid. Arthur Young, *The Question of Scarcity Plainly Stated and Remedies Considered*, Londres (1800), y la réplica de MALTHUS en la segunda edición de su *Essay on the Principle of Population*, Londres (1803), libro I, cap. II, 7; vid. William LANGER, "Europe's Initial Population Explosion", *American Historical Review*, 69, 1 (1963), 13.

³² Véase, por ejemplo, Ph. DEANE y W. A. COLE, *British economic growth 1688-1959*, Cambridge (1962), págs. 80-95; G. S. L. TUCKER, "English pre-industrial population trends", *Economic History Review*, XVI, 2 (1963); A. G. THOMPSON, "History to scale? The British economy in the eighteenth century: a comment", *Business Archives and History*, VI (1966); W. D. BORRIE, *Historia y Estructura de la Población Mundial*, Madrid (1972), 101-106 y 111-120; A. H. JOHN, "Aspects of English economic growth in the first half of the eighteenth century", *Economica*, New Series, XXVII (1961); M. Dorothy GEORGE, *London life in the eighteenth century*, New York (1965, 3.ª edición), especialmente para la afición desmedida por la ginebra, cap. I.

Demasiados elementos de la cuestión continúan aún en la penumbra. En especial, las informaciones de que disponemos acerca de variable tan crucial para la hipótesis del aumento de la natalidad como es la nupcialidad son muy insuficientes, inciertas y divergentes de unas experiencias a otras³³. Por otra parte, es muy posible que los argumentos contrapuestos en la polémica sean demasiado unilaterales, y que, como ocurre algunas veces, la verdad se encuentre en el justo medio, entendiéndolo por tal una combinación de ambas. Varias razones avalan esta posibilidad. Por una parte, hay tantas razones para suponer que la mortalidad disminuyó —desaparición de la peste (como dice Mols, «ninguna revolución demográfica hubiera sido posible en un entorno humano amenazado diez o quince veces por siglo con verse diezmado por los ataques recurrentes de la peste»)³⁴, progresos indudables en la producción agrícola, mejoras en los transportes que aseguraron mejores abastecimientos, introducción de nuevos alimentos de origen americano, avances en las medidas de sanidad pública encaminadas a impedir la difusión de las epidemias, etc.—³⁵ como para afirmar que aumentó la natalidad —prosperidad agrícola, aumento de la demanda de trabajo, cambios sociales que permiten matrimonios más tempranos, etc—. Y, a la inversa, si no supiéramos que la población aumentó, sería posible construir un argumento, sobre la base de la información disponible, que, negando todas las razones que acabo de mencionar, sostuviese que la mortalidad no disminuyó apreciablemente y la natalidad se mantuvo como estaba. En efecto, McKeown ha cuestionado la importancia de la desaparición de la peste, después de demostrar contundentemente que los supuestos progresos de la medicina durante el XVIII no tuvieron ningún efecto positivo sobre la salud de los individuos, cupiendo incluso la posibilidad de que elevasen la mortalidad; historiadores tan ilustres como Chambers y Hollingsworth han elevado dudas acerca de la contribución de los progresos de la agricul-

³³ Véase, por ejemplo, D. E. C. EVERSLEY, "Population, economy and society", en GLASS y EVERSLEY, *op. cit.*, págs. 39-46; A. ARMENGAUD, "Population in Europe 1700-1914", en *The Industrial Revolution, The Fontana Economic History of Europe*, editada por Carlo CIPOLLA, Londres (1973), vol. 3, pág. 49; BORRIE, *op. cit.*, cuadro 14, pág. 109.

³⁴ R. MOLS, "Population in Europe 1500-1700", *The Sixteenth and Seventeenth Centuries, The Fontana Economic History of Europe*, Carlo CIPOLLA, ed., vol. 2, pág. 19.

³⁵ La defensa más conocida e influyente de las mejoras en la alimentación como factor determinante del descenso de la mortalidad es probablemente *El crecimiento moderno de la población*, de Thomas MCKEOWN, Barcelona (1978); los mejores argumentos en favor de la influencia de la patata y otros alimentos originarios del continente americano son los de William LANGER, en el artículo citado en nota 31 y en "American Foods and Europe's Population Growth, 1750-1850", *Journal of Social History* (invierno 1975), pág. 51; entre los que han subrayado el impacto de medidas de salud pública destinadas a impedir la difusión de las epidemias puede mencionarse el trabajo de J. L. y M. PESET, "Epidemias y sociedad en la España del Antiguo Régimen", *Estudios de Historia Social*, 4 (1978), páginas 7-28.

tura a la reducción de la mortalidad durante el XVIII; la descripción de las condiciones higiénicas y sanitarias, tanto en el plano público como en el individual, produce estremecimientos de horror, sin que pueda descartarse la posibilidad de que empeoraran en las primeras etapas de la Revolución Industrial³⁶; y así sucesivamente.

Por otra parte, y para aumentar la confusión, las relaciones recíprocas entre natalidad y mortalidad en aquella época eran tan complejas como intensas, y contenían mecanismos contrapuestos que tendían a la vez a reforzar y a minimizar, si no a cancelar, cualquier cambio iniciado independientemente en una de ellas. En efecto, y en primer lugar, vista la cuestión desde el ángulo de la mortalidad, no hay por qué plantear como antagónicos o alternativos —a la hora de dar cuenta del crecimiento demográfico del siglo XVIII— el descenso de aquélla y el aumento de la natalidad. Hay factores que pueden causar simultáneamente ambos fenómenos, dado el impacto de la caída de la mortalidad sobre la estructura por edades de la población y sobre la prolongación de la vida de los adultos, con lo que se hace posible que un creciente número de uniones vea completado su ciclo reproductivo. Como dice Helleiner, «puesto que las hambres y las epidemias se sabe que han sido particularmente duras sobre los más jóvenes, puede deducirse con seguridad que la atenuación general de las crisis debe haber tenido efectos desproporcionadamente beneficiosos sobre la mortalidad infantil; y el hecho de que un mayor porcentaje de la población sobreviviese hasta la edad reproductiva no pudo dejar de ejercer una influencia favorable sobre la tasa de natalidad. Hay que tomar nota de un corolario adicional (...) las crisis severas no sólo causaban invariablemente una brusca elevación de la tasa de mortalidad, sino también una drástica caída en el número de concepciones y nacidos vivos. De aquí se sigue que la mitigación sustancial de las crisis, que se hace obvia en el curso del siglo XVIII, debe haber tendido en alguna medida a elevar el nivel secular de la tasa de natalidad»³⁷.

³⁶ La crítica más demoledora a la tesis de que los progresos médicos y sanitarios registrados durante el siglo XVIII habían desempeñado un papel considerable en la reducción de la mortalidad es aún el famoso artículo de T. McKEOWN y R. G. BROWN, "Medical evidence related to English population changes in the eighteenth century", *Population Studies*, IX (1955), 119-141. Los hallazgos de McKEOWN y BROWN han sido recientemente sometidos a crítica y no confirmados en el estudio de S. CHERRY, "The hospitals and population growth: the Voluntary General Hospitals, mortality and local populations in the English provinces in the eighteenth and nineteenth centuries", *Population Studies*, 34, 1 (marzo 1980), 59-76 y 34, 2 (julio 1980), 251-266. Críticas famosas al monopolio causal de las mejoras alimenticias fueron las de J. D. CHAMBERS, "The Vale of Trent 1670-1800", *Economic History Review*, suplemento 3 (1957), y T. H. HOLINGSWORTH, "A demographic study of the British ducal families", *Population Studies*, 11, 1 (1957-58), 4-26. Sobre condiciones higiénicas y sanitarias las citas podrían multiplicarse *ad infinitum*; véase un breve resumen en el artículo de LANGER citado en nota 31.

³⁷ K. F. HELLEINER, "The Vital Revolution Reconsidered", *Canadian Journal of Economics and Political Science*, XXIII, 1 (1957), reproducido en GLASS y EVERSLEY, *op. cit.*, págs. 85-86.

Por otro lado, desde la perspectiva de las consecuencias de la natalidad sobre la mortalidad, los efectos previsibles son los contrarios: dadas las condiciones demográficas del XVIII, hay que pensar que un aumento de la natalidad tendería a producir una elevación de la mortalidad infantil. En palabras de McKeown, «en un tiempo en que la fecundidad era ya alta, un aumento de los nacimientos llevaría a un aumento de la mortalidad si ésta no estaba cayendo por otras razones. (...) En una población general de nacimientos, la mortalidad infantil aumenta correlativamente con la ordinalidad de los mismos y se relaciona en forma de «U» con la edad de la madre; la cota más alta se alcanza en los últimos hijos de madres jóvenes. (...) Durante el siglo XVIII, cuando la mortalidad de la infancia era mucho más alta (...) [ésta] hubiera aumentado inevitablemente si la edad media de las madres en el momento de la primera concepción hubiese disminuido, digamos de 25 a 20, y el número medio de hijos por familia hubiese aumentado de cinco a seis»³⁸.

Hoy en día, aun sin estar convincentemente resuelta, tal polémica preocupa menos a los historiadores de la población. Uno de los responsables de que la cuestión haya pasado a segundo plano ha sido el ilustre historiador de la medicina Thomas McKeown, con su influyente libro *El crecimiento moderno de la población*. El tan sencillo como convincente argumento de McKeown es que «los siglos los hacen los historiadores», rompiendo el *continuum* histórico y creando períodos convencionales y artificiales³⁹. Más razonable que fijarse en artificios tales como «el siglo XVIII» es considerar la era del moderno crecimiento demográfico en su conjunto y analizar las causas que lo han motivado. Es ésta, la del «crecimiento moderno de la población», una expresión afortunada, popularizada por McKeown, que identifica un período —el de los últimos doscientos cincuenta o trescientos años— relativamente bien definido en la historia de la población, que no tiene precedentes y sí acusada personalidad propia. No es casual que resulte análoga y simétrica con la expresión «crecimiento económico moderno», tan cara a Simon Kuznets, que define un período igualmente unitario, y casi simultáneo, en el reino de la economía⁴⁰. Pues bien, visto en conjunto, no cabe duda de que el crecimiento moderno de la población ha respondido

³⁸ Thomas McKEOWN, "Fertility, Mortality and Causes of Death. An Examination of Issues Related to the Modern Rise of Population", *Population Studies*, 32, 3 (1978), pág. 537.

³⁹ La expresión exacta es "no es la Historia, sino los historiadores, quienes son divisibles por siglos", *El crecimiento moderno de la población*, citada en nota 35, página 4.

⁴⁰ En casi todas las obras de KUZNETS —y, por supuesto, en miles de otros autores— se usa esa expresión. Un conocido libro de KUZNETS lleva ese título: *Modern Economic Growth. Rate, Structure and Spread*, New Haven, Connecticut (1966).

al descenso de la mortalidad, ya que durante la mayor parte del mismo la natalidad ha tendido a disminuir acusadamente; precisamente durante la porción de ese período sobre la que podemos tener alguna certeza por existir registros civiles. Puestas así las cosas, la tarea más importante es analizar las causas de ese decisivo descenso de la mortalidad, tarea que McKeown aborda con autoridad y brillantez difícilmente igualables⁴¹.

Esta perspectiva, que contribuye a rehabilitar a la teoría de la transición demográfica en este terreno, atenúa el interés de la cuestión que preocupó a Habakkuk, Krause *et alii*, pero no lo anula. Subsiste, aunque no sea otro, el interés académico, que, pese al masoquismo al uso, no es necesariamente despreciable. Y parte del interés académico estriba en saber —además de lo que le ocurrió a la población inglesa durante la Revolución Industrial, lo que no es poco— si la teoría de la transición demográfica cojea de algún pie más. Un buen candidato para ello puede ser la relación que liga lo que los historiadores denominan «inicios de la Revolución Demográfica» con las Revoluciones Agrícola e Industrial; cuestión que, por interesar casi exclusivamente a los historiadores, por requerir un número de páginas mayor del que puedo ocupar en esta ocasión, y por haberme referido a ella de pasada al aludir a las dudas que pesan sobre las causas del descenso de la mortalidad en el siglo XVIII, dejaré para otra ocasión.

Las brumas que oscurecen la relación entre crecimiento económico y declive de la mortalidad se desvanecen progresivamente conforme nos adentramos en el siglo XIX. Pero entonces nos topamos con una cuestión más compleja y oscura, y de más interés tanto para los demógrafos como para la evaluación de la teoría de la transición demográfica. Me refiero, claro está, a la cuestión capital del declive secular de la natalidad y las relaciones que lo vinculan al desarrollo económico y social.

Desarrollo económico y descenso de la natalidad: algunas irregularidades

La información disponible acerca de la cronología del descenso de la fecundidad por países y regiones —grandemente enriquecida por los sistemáticos estudios de Coale y sus colaboradores— confirma, como no podía ser menos, la existencia de una asociación entre industrialización, junto con los procesos concomitantes de urbanización, alfabetización, secularización, alteración del estatus tradicional de la mujer, etc., por una parte, y drás-

⁴¹ Especialmente, además de los artículos anteriores bien conocidos, en sus dos recientes libros, *El crecimiento moderno de la población*, citado, y *The role of medicine: dream, mirage or nemesis*, Oxford (1979). Aunque uno y otro han sido sometidos a crítica de manera extensiva —el artículo de McKeown citado en nota 38 es una respuesta a algunas de ellas— constituyen sin duda la explicación de conjunto más importante de las causas del descenso de la mortalidad.

tica reducción de los niveles tradicionales de natalidad, por otra. Pero al mismo tiempo, la comparación de la cronología de estas dos cruciales evoluciones por países y regiones pone de manifiesto numerosas irregularidades que hacen dudar de la intensidad de la correlación. Desgraciadamente, nos vemos obligados a hablar en un lenguaje muy impreciso, excesivamente impresionista y metafórico. Si la teoría de la transición demográfica hubiese precisado mejor qué entiende por «desarrollo socioeconómico», o «modernización», o los términos de este tenor que utiliza; y, por supuesto, si una vez hecho esto, dispusiésemos de datos fiables para dar vida a los indicadores que operacionalizasen tal concepto para un largo período de tiempo, nos ahorraríamos muchas palabras, expresando cuantitativamente la intensidad de la asociación. Por el contrario, al carecer de coeficientes de correlación, nos encontramos en un terreno incómodamente valorativo e impresionista. Aun así, no resulta difícil sustentar las afirmaciones que anteceden respecto a la existencia de una relación indudable, pero plagada de irregularidades —que ponen en cuestión muchas imputaciones de causalidad unilateral y simplista— entre desarrollo económico y nivel de la fecundidad.

En efecto, por un lado, no hay ningún país que haya experimentado durante un período de tiempo suficientemente largo un proceso de crecimiento económico moderno, junto con sus habituales corolarios, y no haya visto reducida su fecundidad normalmente a la mitad de la anterior; y no hay ningún país que haya experimentado una disminución de la fecundidad de este calibre sin conocer el desarrollo económico moderno. De modo que no hay crecimiento económico sostenido sin que antes o después caiga la natalidad, y no hay descenso sustancial de la natalidad sin crecimiento económico. Pero, por otro lado, nos encontramos con la paradoja de que no fueron siempre los países más avanzados económicamente los que registraron en primer lugar el descenso secular de la natalidad. Por el contrario, fueron Francia e Irlanda —por cierto, por procedimientos tan dispares que uno duda si mencionarlos juntos— los indudables pioneros de la caída de la natalidad varios decenios antes que los demás países. Y no puede decirse que en la primera mitad del XIX Francia fuera especialmente urbana e industrial, por no hablar de Irlanda. Si en conjunto el descenso de la fecundidad fue en Francia muy anterior a lo que correspondía a su grado de desarrollo, en Holanda y Gran Bretaña ocurrió lo contrario, e igual sucedería con Japón más tarde. En estos países —y en otros varios—, el famoso «gap» entre descenso de la mortalidad y descenso de la natalidad que constituye el corazón de la teoría de la transición demográfica fue mayor y mucho más largo que, en el extremo opuesto, Francia o, en medida menor, Cataluña. Incluso, en Francia los descensos de una y otra tasa fueron casi simultáneos, y algo parecido ocurrió en otros sitios⁴².

⁴² Véase Steven E. BEAVER, *Demographic Transition Theory Reinterpreted*, Lexington, Massachusetts (1975), págs. 17-20; E. VAN DE WALLE y J. KNODEL, "Demo-

La paradoja es tan fuerte que alguien ha llegado a sugerir la hipótesis de que, a partir de un mínimo nivel de desarrollo, la rapidez del descenso de la natalidad puede estar inversamente relacionada con el ritmo de industrialización y urbanización. En otras palabras, que las oscuras perspectivas derivadas de una industrialización y urbanización lentas pueden acelerar el ajuste de los comportamientos reproductivos; y, a la inversa, que las grandes oportunidades de empleo y mejoras salariales que prometen los procesos de industrialización y urbanización vigorosos pueden contribuir a posponer o ralentizar la, en todo caso necesaria, adopción de pautas de natalidad más bajas⁴³. No es difícil pensar en casos que ejemplificarían los dos extremos de la hipótesis: basten los ya citados de Francia y Cataluña (ésta durante la Restauración) por un lado, y Gran Bretaña y los Países Bajos en el opuesto. Claro que si trajésemos a los Estados Unidos a la palestra pondríamos a la hipótesis en un brete, por su combinación de industrialización vigorosa y temprano declive de la fecundidad. Ciertamente no es más que una hipótesis, pero testimonia el volumen de complejidad que se puede introducir en correlaciones que se creían simples y unívocas.

Si se amplía la base de comparación a todos los casos conocidos y documentados, el panorama no mejora. Siguen sin aparecer regularidades persistentes, y por el contrario se entrevén variables no económicas que singularizan cada experiencia particular. Por todo esto, quien espere encontrar una clara correspondencia entre el *timing* de la industrialización-urbanización y el del descenso de la fecundidad, se sentirá probablemente perplejo y desorientado al enfrentarse a la complejidad de la experiencia histórica.

La regionalidad del declive

Un ejemplo particularmente pertinente —y no sólo por razones localistas— de débil y mediata relación entre evolución socioeconómica y declive de la natalidad es el proporcionado por el estudio de William Leasure sobre la transición demográfica en España durante el siglo xx. Digamos incidentalmente que el caso de España es muy interesante y peculiar a estos efectos —especialmente por las fuertes diferencias regionales, pero también por lo que se intuye como un declive de la fecundidad muy lento, gradual y relativamente temprano en su iniciación—, y que merecería más atención, que las carencias estadísticas no deberían desanimar por completo⁴⁴.

graphic transition and fertility decline: the European case", *IUSSP contributed papers*, Sidney Conference (agosto 1967), 47-55; R. LESTAEÏE, "Le dossier de la transition démographique", *European Demographic Information Bulletin*, 1 (1970-71), 218-229.

⁴³ Dov FRIEDLANDER, "Demographic responses and population change", *Demography*, 6, 4 (1969), 359-381.

⁴⁴ Los trabajos de LIVI BACCI, usando técnicas de poblaciones estables y comparando las estructuras de edades de los últimos censos del xviii (1787 y 1797) con el de 1860, apuntan a un declive de la fecundidad muy temprano y gradual

De los índices calculados, y de las correlaciones que pudo obtener, Leasure dedujo que la urbanización, la industrialización y la alfabetización parecían explicar un porcentaje bastante pequeño de la varianza regional de las tasas de fecundidad matrimonial. En consecuencia, se vio obligado a concluir que «las actitudes hacia el tamaño de la familia son indudablemente resultado de una interrelación muy compleja de variables»⁴⁵.

Otros hallazgos de Leasure son significativos para entender mejor la sorprendente conclusión anterior y para explicar las peculiaridades del caso español. En su resumen de conclusiones, Leasure afirma también que «las pautas regionales de fecundidad son muy pronunciadas. Las tasas de fecundidad matrimonial dentro de una región tienden a ser similares, pero una región puede tener una tasa de fecundidad matrimonial media aproximadamente doble a la de otra. Se descubre que dentro de una región las tasas provinciales de fecundidad matrimonial son bastante constantes, independientemente de que las provincias sean rurales o urbanas, agrícolas o industriales. En este sentido, los niveles de fecundidad matrimonial parecen ser casi independientes de la industrialización y la urbanización. La atmósfera urbana e industrial indudablemente tiene alguna influencia sobre las actitudes hacia la fecundidad, pero otros factores parecen ser más influyentes»⁴⁶. El trabajo, tan importante como insuficientemente conocido, de William Leasure, no deja lugar a dudas acerca de la débil correlación que a nivel provincial liga los niveles de fecundidad con los de industrialización y urbanización, ya que dentro de una misma región no hay grandes diferencias en las tasas de fecundidad de las provincias que la componen.

Sin embargo, es posible matizar las conclusiones de Leasure sin cuestionar sus hallazgos empíricos. El propio estudio de Leasure y el estudio atento de la cronología de la transición demográfica en España permiten alcanzar conclusiones ligeramente diferentes de las del demógrafo norteamericano y redescubrir la conexión entre caída de la fecundidad y los procesos concomitantes de industrialización y urbanización que él encontraba tan pálida. La clave la da el mismo Leasure cuando nos advierte que las diferencias interregionales en fecundidad son notorias. A ello hay que añadir que las diferencias interregionales sí corren paralelas a las diferencias en grado de industrialización y urbanización de cada una. Si atendemos a la cronología de la caída de la natalidad en España —en la medida en que es posible determinarla con exactitud—, la suposición se confirma: la caída de la natalidad se produjo por primera vez en el área urbano-industrial de Barcelona,

que resulta de gran interés, especialmente si se tiene en cuenta el grado de atraso económico de la España del siglo XIX y su escasa urbanización. Véase Massimo Livi Bacci, "Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century", *Population Studies*, 22, 1 (1968), 83-102 y 2 (1968), 211-234.

⁴⁵ J. William LEASURE, "Factors involved in the decline of fertility in Spain, 1900-1950", *Population Studies*, XVI, 3 (marzo 1963), págs. 277 y ss.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 283.

y de allí se extendió al resto de Cataluña y las Baleares, difundiendo luego a zonas adyacentes del País Valenciano y Aragón; los siguientes focos de fecundidad se sitúan en las zonas urbanas e industriales de Madrid y Bilbao; más tarde en el área de Sevilla, y así sucesivamente ⁴⁷.

Los requisitos para la comprensión de este aparente *puzzle* son dos: uno, reconocer que las unidades territoriales relevantes para el estudio de la transición demográfica son las regiones y no las provincias; dos, distinguir claramente la iniciación de la caída de la natalidad de su difusión, a diferencia de lo que hace Gosta Carlsson en su famoso artículo, con el que, excepto en este punto, estoy de acuerdo ⁴⁸.

Pues bien, sobre estas bases puede formularse la hipótesis de que la caída secular de la natalidad se inicia en los núcleos urbano-industriales de una región que está experimentando procesos de transformación social y económica desde hace algunas décadas, y de ahí se difunde a lo largo de vías culturales y de comunicaciones a otros sectores de la misma región, independientemente de que la región sea toda ella de predominio urbano e industrial (lo que casi nunca ocurre).

Si observamos el mapa de la fecundidad circa 1930 percibiremos fácilmente que las zonas donde la natalidad ha decaído significativamente o ha iniciado su descenso forman bolsas o regiones alrededor de los núcleos más urbanizados e industrializados de la Península, como son Barcelona, Bilbao-San Sebastián, Madrid, Sevilla, y que en estos núcleos la fecundidad es más baja normalmente que en las zonas adyacentes. Que en las Baleares, por ejemplo, la fecundidad en esa época sea más baja que en Bilbao se debe a que se ha difundido allí desde Barcelona, pese a que Vizcaya sea incomparablemente más urbana e industrial que las Islas.

El cuadro 1 reproduce índices de fecundidad matrimonial (I_g), calculados por Livi Bacci de acuerdo con las propuestas de Princeton y por tanto relativamente estandarizadas por edad, para los principales centros urbanos y sus provincias en 1900. En él se descubren varios extremos de interés. En primer lugar, que todas las capitales recogidas presentan tasas de fecundidad mucho más bajas que las de sus respectivas provincias, lo que confirma la importancia de la variable urbanización. Segundo, que el grado de industrialización no resulta tan decisivo como suele pensarse: Bilbao y Vizcaya ofrecen las tasas de fecundidad más altas de las escogidas y, sin embargo, son más industriales que casi todas las otras zonas —aunque puede decirse también que en 1900 la industrialización vasca es todavía muy reciente—. En tercer lugar, parece haber una correlación bastante acusada entre fecundidad de la capital y fecundidad provincial, lo que corrobora la importancia de la difusión desde un núcleo inicial que estoy defendiendo. En cuarto lu-

⁴⁷ *Ibidem, passim.*

⁴⁸ Gosta CARLSSON, "The decline of fertility: innovation or adjustment process", *Population Studies*, 20, 2 (1966), págs. 149-174.

CUADRO 1

Indices de fecundidad matrimonial (I_g) en diversas ciudades españolas y sus provincias (1900)

	<i>Ciudad</i>	<i>Provincia</i>
Barcelona	0,418	0,500
Bilbao	0,644	0,710
Madrid	0,509	0,666
Málaga	0,490	0,597
Sevilla	0,586	0,659
Valencia	0,556	0,657
Zaragoza	0,578	0,661

FUENTE: M. LIVI BACCI, "Fertility and Nuptiality Changes in Spain from the Late 18th to the Early 20th Century", *Population Studies*, XXII, núm. 1 (1968), p. 100, n. 46.

gar, este factor de difusión puede llegar a pesar más que otros factores, como urbanización: así lo demostraría el caso de la provincia de Barcelona, cuya tasa de fecundidad matrimonial era en 1900 inferior a la de todas las capitales, mucho más urbanas por definición, con excepción de Málaga, ciudad con notable tradición industrial. Finalmente, el cuadro 1 pone de manifiesto la gran diferencia que separa a Barcelona y su provincia, en cuanto a niveles de fecundidad, de las principales zonas urbano-industriales del resto del país.

Con toda la provisionalidad y cautela que tan resbaladizo terreno requiere, se puede avanzar la hipótesis explicativa de que en la iniciación del proceso de adopción masiva de los nuevos comportamientos reproductivos los factores materiales desempeñaron un papel decisivo. Pero en la difusión de estas conductas a otras áreas y otros grupos sociales, aunque un cierto grado de transformación económica y social fue indispensable, factores de orden cultural resultaron fundamentales. Una conclusión de este tipo fue apuntada por Dudley Kirk hace treinta y cinco años, a partir del examen de una verdadera multitud de experiencias nacionales y regionales, en su importantísimo estudio de la población europea en el período de entre-guerras:

«La baja fecundidad es un elemento del complejo conjunto de rasgos culturales relacionados con el progreso material. Aquélla se difundía a través de Europa juntamente con el progreso industrial y urbano, con el progreso de la instrucción y con las mejores condiciones de vida. Esta difusión fue facilitada por la vecindad geográfica y por

la comunidad de lenguaje, tradiciones y religión. Por el contrario, fue obstaculizada por barreras geográficas y étnicas»⁴⁹.

La «simple vecindad y comunidad de experiencias históricas» fue un factor de «difusión de la baja fecundidad». Por ejemplo, los rumanos de lengua alemana o húngara, en el período de entreguerras, tenían una natalidad más baja que el resto de los habitantes de Rumania, independientemente de factores religiosos y a igualdad de grado de desarrollo económico, simplemente porque el factor lingüístico permitía que tuvieran contactos más intensos con las transformaciones que estaban teniendo lugar al Oeste.

Así se entiende, por ejemplo, que las áreas rurales de Cataluña compartieran en fecha temprana los niveles de baja fecundidad establecidos en la zona urbana-industrial, y que las siguientes áreas en adoptar las pautas de la fecundidad inauguradas en Cataluña fueran el País Valenciano y las Islas Baleares, antes que otras regiones más industrializadas o urbanizadas que éstas, pero más distantes geográfica y culturalmente del núcleo inicial barcelonés. No hay que olvidar que el País Valenciano y las Islas Baleares son áreas lingüísticas catalanas, geográficamente próximas a Cataluña, y que, junto con el Principado y Aragón, formaron la unidad superior que se denominó Corona de Aragón.

En el caso de Cataluña puede especularse con la posibilidad de que, junto con su grado de industrialización y urbanización, factor sin duda decisivo, pudiera haber contribuido a su precocidad demográfica su proximidad física a Francia —aunque los Pirineos y la frontera política lo mitigaran— y su comunidad de lenguaje y parentesco histórico con parte del mediodía francés. Nada menos que una autoridad tan destacada como Massimo Livi Bacci comparte esta hipótesis:

Como Cataluña gozaba de un nivel social relativamente elevado, recibía la influencia francesa y mantenía estrechos lazos culturales con otras poblaciones de habla catalana, puede considerarse el sitio ideal para el comienzo y la difusión del neomalthusianismo en España⁵⁰.

A medida que progresa nuestro conocimiento de la transición demográfica tal como realmente ocurrió se afirma más la noción de la *regionalidad* de las pautas de fecundidad y su modificación, lo que subraya la importancia de algunas variables culturales —incluyendo destacadamente en ellas a las lingüísticas— junto a, e incluso a veces por encima de, las de índole econó-

⁴⁹ Dudley KIRK, *Europe's population in the interwar years*, Ginebra (1946), página 59.

⁵⁰ M. LIVI BACCI, "Fertility and Population Growth in Spain in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Daedalus* (primavera 1968), pág. 18.

mica. Esto parece ser particularmente cierto de los procesos de difusión de los nuevos comportamientos reproductivos, más que de su iniciación o adopción. De hecho, es éste el descubrimiento más importante —junto con el crucial rol desempeñado por la nupcialidad en el control del tamaño de la familia— de los varios producidos por la investigación reciente en demografía histórica.

Adicionalmente, la regionalidad demográfica no se reduce a las «regiones» en el sentido que habitualmente damos a este término. También es aplicable a otra acepción más amplia, menos usual en castellano que en otras lenguas: la que se refiere a grandes agregados dotados de personalidad propia que desbordan las fronteras nacionales y abarcan áreas de extensión considerable (por ejemplo, la región mediterránea o la andina). Pues bien, puede avanzarse la hipótesis de que, en el pasado al menos, han existido diferencias en los niveles y *tempos* de cambio de la fecundidad a este elevado nivel. Las investigaciones de Princeton han puesto de manifiesto la existencia de grandes áreas de fecundidad relativamente baja en la Europa mediterránea occidental (Francia, y zonas de Italia y España) y báltica, frente a una gran extensa zona de fecundidad comparativamente alta en la vertiente atlántica de Europa, desde Noruega a la fachada atlántica de Iberia⁵¹. Incluso, los limitados pero crecientes conocimientos que tenemos de la evolución de la fecundidad en los países subdesarrollados o en vías de desarrollo hoy revelan la existencia de grandes diferencias regionales de este nivel de agregación geográfica. Añadamos que no es la fecundidad el único componente del cambio demográfico que parece mostrar una acusada sensibilidad a la dimensión regional: ocurre lo mismo con la nupcialidad y con las migraciones⁵².

Para rizar más el rizo y hacerle la vida aún más difícil a la teoría de la transición demográfica, no faltan casos de regiones agrarias que preceden a otras urbanas e industriales, situada en el mismo país, en el declive de la fecundidad. Además de los casos ya mencionados del Ormánság y de los que se encuentran en el interior de la Península Ibérica, Paul Demény ha puesto de manifiesto la precocidad de otras siete regiones de la parte húngara del Imperio Habsburgo, situadas en las orillas de los ríos Drava y Danubio, subrayando el hecho de que, pese a tratarse de regiones agrícolas, poco urbanizadas y más bien atrasadas económicamente, precedieran a Viena en la cronología de la reducción de la natalidad. Demény asegura que «la caída de la fecundidad se inició y se desarrolló en y entre los campesinos», al igual que en el Ormánság⁵³.

⁵¹ A. COALE, "The Decline of Fertility", *cit.*, pág. 14.

⁵² La regionalidad de las pautas de nupcialidad ha sido plenamente puesta de relieve por los estudios de Princeton citados; la de las migraciones fue ya señalada por Ravenstein; Wilbur Zelinsky, en su artículo citado en nota 5, hace *leit motif* de ella.

⁵³ Paul DEMÉNY, "Early Fertility Decline in Austria-Hungary: A Lesson in Demographic Transition", *Daedalus* (Primavera 1968), págs. 518-519.

Sin duda pueden aducirse explicaciones particulares para cada caso anómalo o discordante. La de más entidad es la que apela a diferencias en el ritmo y cronología del descenso de la mortalidad, estrechamente asociado al subsiguiente de la fecundidad, y que no siempre coinciden con el grado de desarrollo socioeconómico. Sin desconocer los méritos de esta réplica, que se inscribe fácilmente en los postulados de muchos proponentes de la teoría, parece claro que plantea más problemas de los que resuelve, al introducir una fuente de impugnación adicional a los postulados de la teoría: la debilidad de la correlación que liga el descenso de la mortalidad con el desarrollo económico en comparaciones internacionales o interregionales. En todo caso, las explicaciones particulares constituyen en sí mismas testimonio de las dificultades con que se encuentra una descripción general como la que la teoría de la transición demográfica propugna. No es de extrañar que un buen conocedor del tema, R. Lestaege, haya podido concluir que «la relación entre estadio de desarrollo económico y caída de la fecundidad es totalmente heterogénea. Las teorías y las tesis generales tienen, por consiguiente, muy pocas posibilidades de poder explicar una parte suficiente del fenómeno»⁵⁴. O, como dice Ansley Coale en una de sus magistrales síntesis, «la reducción de la fecundidad parece ser una característica casi universal del desarrollo de las modernas sociedades seculares, pero su introducción y difusión no pueden ser aún explicadas a través de ningún modelo simple y universalmente válido o de ninguna descripción generalizadora»⁵⁵.

En lugar de conclusión

Confío en que resulte superfluo advertir que este trabajo no ha pretendido ocuparse de todas las objeciones que pueden formularse a la teoría de la transición demográfica, ni siquiera de todas las que tienen que ver con la base histórica sobre la que se asienta. Sin ir más lejos, nada se ha dicho de la posible reversibilidad del descenso secular de la fecundidad, ni de los problemas que para la universalidad de la teoría puede suponer la reducida y sesgada muestra de países —los europeos y algunas de sus prolongaciones ultramarinas— sobre la que se construyó. La primera, que hizo furor en los años cincuenta y principios de los sesenta, a remolque del llamado «baby boom», ha caído en desuso el tiempo que volvían a caer las tasas de natalidad, pasada la excepcionalidad del fenómeno⁵⁶. No hay razón sólida para pensar que la caída de la fecundidad sea un proceso reversible —independientemente de que esté sometida a fluctuaciones dentro de un nivel bajo—, y sí para

⁵⁴ LESTAEGE, *op. cit.*, pág. 224.

⁵⁵ COALE, "The Decline", pág. 18.

⁵⁶ El trabajo clásico sobre el "baby boom" es Richard A. EASLERLIN, "The American Baby Boom in Historical Perspective", *American Economic Review*, 51, 5, págs. 869-911.

pensar que se trata de algo definitivo. La segunda objeción no es una verdadera objeción. Para que la teoría sea capaz de explicar el curso de las tasas vitales en el mundo en vías de desarrollo no es imprescindible que la transición se produzca exactamente igual a como aconteció en los países hoy desarrollados. Basta con que se mantengan las líneas fundamentales de la secuencia histórica y las relaciones básicas que unen los descensos de mortalidad y natalidad con el desarrollo económico y social, sea éste propio o ajeno en origen. En todo caso, las informaciones fragmentarias disponibles sugieren que la transición se está produciendo también en algunas zonas del Tercer Mundo, en un ámbito que tiende a extenderse con el tiempo⁵⁷.

Otra cosa es que la historia haya singularizado y privilegiado al mundo occidental, y que de las circunstancias históricas —y, por tanto, irrepetibles— en que se produjo su transformación demográfica derivasen ventajas sustanciales de las que no disfrutaron ni disfrutarán quienes se embarcaron más tarde en la empresa del desarrollo económico. Por tres razones principales, el ritmo de crecimiento de la población en la fase transicional fue, en los países de industrialización temprana, dos y hasta tres veces más lento del que conocen hoy en día los países del Tercer Mundo. En primer lugar, y por razones que hemos comentado antes, las tasas de natalidad europeas eran inferiores —a veces en medida considerable— a las vigentes hoy en los países en vías de desarrollo. En segundo lugar, la caída de la mortalidad fue mucho más gradual en la experiencia occidental que en la del resto del mundo; y aún no se había consumado cuando ya la natalidad había entrado en declive. La explicación de esta diferencia estriba en el hecho de que el descenso de la mortalidad en el mundo hoy desarrollado resultó del, y fue simultáneo al, progreso económico, mientras que en el Tercer Mundo se ha producido de forma súbita, sin apenas distinción de fases, por derivar de la aplicación del potencial transnacional de los avances médicos y sanitarios generados en el mundo desarrollado. Como dijo Arthur Lewis hace ya tiempo, en nuestros días «la tasa de mortalidad está en función del conocimiento y de la voluntad más que de la renta per cápita»⁵⁸. En tercer lugar, los países avanzados tuvieron la fortuna de contar, en el período de mayor presión demográfica, con una excepcional válvula de escape por la que dar salida a los excedentes humanos que a pesar de todo se iban acumulando. Me refiero, por supuesto, a los extensos territorios excoloniales o semicoloniales, especialmente el «lejano imán» norteamericano.

Las implicaciones de estas diferencias sobre la estructura por edades y las propensiones relativas al ahorro y al consumo son tan formidables como evidentes.

⁵⁷ Vid., por ejemplo, R. FREEDMAN, "The Transition from High to Low Fertility: Challenge to Demographers", *Population Index*, 31, 4 (octubre 1965); Nick Eberstadt, ed., *Fertility Decline in the LDC's: The Emerging Patterns*, New York (1979), y los artículos de STRYCS y KIRK en *Population Studies*, 32, 3 (1978).

⁵⁸ W. A. LEWIS, *The Theory of Economic Growth*, New York (1955), pág. 306.

La cuestión que nos ha ocupado ha sido simplemente la de contrastar los postulados de la teoría de la transición demográfica con nuestros crecientes conocimientos acerca de las poblaciones europeas antes y durante la transición, y ver si la teoría sigue siendo útil para «prever el pasado». Pues bien, las objeciones y críticas que resultan del reexamen de la base empírica sirven para recordar que la experiencia histórica acostumbra a ser enormemente variada, y que muchas de las uniformidades que se predicán —y la teoría de la transición demográfica no es el único pecador— sólo existen en nuestra ignorancia. Las generalizaciones sobre base empírica insuficiente son tan arriesgadas como, muchas veces, necesarias.

En todo caso, las anomalías empíricas reveladas por la investigación histórica no niegan la noción de una gran transición demográfica. En su forma más elemental —en la que, por supuesto, no alcanza la categoría de teoría—, la teoría de la transición demográfica se limita a describir la conocida secuencia de los cursos de mortalidad y natalidad de la que ha tomado el ser, y a postular una imprecisa relación de causalidad con el desarrollo socioeconómico. No cabe duda de que tal transición se ha producido en un número considerable de países, y que lleva trazas de acontecer en muchos de los restantes. Como gráficamente dice Paul Demény, «en las sociedades tradicionales fecundidad y mortalidad son elevadas. En las sociedades modernas, una y otra son bajas. En medio está la transición demográfica»⁵⁹. Lo que ocurre es que tal secuencia es más compleja y variada, menos uniforme, de lo que los proponentes de la teoría suponían; y, más aún, que la teoría o no especifica mucho acerca de *timing*, *lags*, umbrales, etc., o incurre de nuevo en generalizaciones abusivas con las que la experiencia histórica no siempre se compadece.

Tampoco se cuestiona la relación básica que liga el crecimiento económico moderno y sus corolarios con los descensos seculares de mortalidad y fecundidad. Pero sí se pone en cuestión el monopolio causal tradicionalmente otorgado a los factores económicos. Por un lado, algunos importantes descensos de mortalidad y natalidad fueron anteriores al crecimiento económico moderno. Por otro lado, hubo factores no económicos que operaron simultáneamente a los económicos y condicionaron la cronología, intensidad y otras características del proceso. De particular importancia son los que residual y provisionalmente podemos resumir bajo la rúbrica de «culturales», que están a la base de la poderosa dimensión regional que se hace presente en todos los fenómenos demográficos.

Es mucho lo que queda por hacer. En su simple dimensión descriptiva, es preciso acumular muchos más conocimientos relativos a más experiencias de las exploradas, ya sea para generalizar sobre bases más seguras, ya para abandonar la tentación de una generalización única. En tanto que postula una

⁵⁹ P. DEMÉNY, *op. cit.*, pág. 502.

relación causal y aspira a predecir, la supuesta teoría necesita un nivel de especificación mucho mayor; proposiciones adicionales acerca de aspectos que permanecen en la penumbra; y mucha más flexibilidad —tanta que cabe dudar si cabrá en un molde único—. Debe contemplar modelos diversos de secuencias y *timings* y dar adecuada cabida a la dimensión regional. Y esto sin entrar en el crucial terreno de las explicaciones —especialmente la del declive de la fecundidad—, el único que permite otorgar a una generalización con proposiciones causales el marchamo de teoría. Aunque los esfuerzos realizados en los últimos años son considerables, estamos aún lejos de una teoría que integre explicaciones de orden económico con elementos sociológicos y normativos, y además resista el *test* de la verificación empírica ⁶⁰.

Sea cual sea la suerte que el futuro depare al conjunto de ideas que hoy conocemos como «teoría de la transición demográfica», es indudable que habrá marcado una época fructífera en el progreso de la demografía. Sus debilidades no alcanzan a empañar su contribución a la elucidación de asuntos de trascendencia y gravedad notorios, tanto históricos como actuales. Tal vez no sea una teoría, si por ello entendemos «un conjunto de proposiciones lógicamente interrelacionadas de las que se pueden derivar formalmente afirmaciones empíricas testables» ⁶¹, pero no es descabellado pensar, como S. Beaver sugiere, que haya desempeñado las funciones de un «paradigma», en el sentido que Thomas Kuhn ha dado a la expresión ⁶². En efecto, ha supuesto una ruptura con los modos de pensar tradicionales en demografía, integrando un conjunto de fenómenos —los relativos al descenso de la fecundidad— que no tenían adecuada cabida en los moldes anteriores; ha establecido, por encima de toda duda razonable, el nexo que vincula a las grandes transformaciones

⁶⁰ La formulación inicial y clásica de la llamada “teoría económica de la fecundidad” es la de Gary S. BECKER en “An Economic Analysis of Fertility”, *National Bureau of Economic Research* (1960), págs. 209-231; entre los múltiples desarrollos de la misma puede verse T. W. SCHULTZ, “The Value of Children: An Economic Perspective”, *Journal of Political Economy*, 81, 2 (parte 2) (1973), S2-S13. Los trabajos de Easterlin han refinado la teoría, insertándola en un marco más amplio y realista que el de la escuela de Chicago: véase su “Toward a Socio-Economic Theory of Fertility”, en BEHRMAN et al., *op. cit.*, en nota 13, págs. 127-156, y “Analyse de la fécondité dans un cadre économique approprié”, *Etudes de Planning familial*, 6, 3 (1975), págs. 87-101. Véase también Harvey LEIBENSTEIN, *op. cit.*, en nota 9, y “The Economic Theory of Fertility Decline”, *Quarterly Journal of Economics*, 89, 1 (1975), 1-31. Pese a las muchas exageraciones y al carácter cuasi-ficcional que frecuentemente adornan a la “teoría económica de la fecundidad”, el esfuerzo teórico que supone supera claramente al desarrollado hacia una teoría sociológica de la fecundidad. La formulación más sugestiva en esta dirección sigue siendo, en mi opinión, la de Norman B. RYDER, “The Character of Modern Fertility”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 369 (enero 1967), págs. 26-36. El tratamiento de conjunto más útil de la cuestión es el de Rudolf ANDORKA, *Determinants of Fertility in Advanced Societies*, Londres (1978).

⁶¹ La expresión es de S. BEAVER, *op. cit.*, en nota 42, pág. 9.

⁶² S. BEAVER, *op. cit.*, págs. 10-11. Vid. Thomas KUHN, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago (1962), págs. 10-11 y *passim*.

demográficas con los cambios económicos y sociales, aunque la naturaleza de tal relación sea aún materia de debate; por encima de todo, ha estimulado la reflexión y la investigación, que es lo que corresponde a los paradigmas. Sin duda es todavía un diamante en bruto, pero, como señala Kuhn, muchos paradigmas nacieron en ese estado. En el momento presente, el volumen de críticas con que se enfrenta es ciertamente imponente. Pero no hay que olvidar que el conocimiento progresa por síntesis sucesivas, y que los momentos de amplia insatisfacción con un cuerpo de ideas establecido a menudo preceden a la elaboración de una síntesis superior.

En todo caso, la contrastación de la teoría de la transición demográfica con la experiencia histórica sirve para recordar una vez más que el sino de los cultivadores de la ciencia social es buscar la simplicidad y desconfiar de ella.